

tad para obrar bajo la ominosa dictadura de que era víctima la república, y no tenemos noticia de que se hubiese ocupado nunca de examinarla. En cuanto á Santa-Anna, concibió desde luego el proyecto de someter á la península por medio de las armas, por las razones que expuso en un *Manifiesto á la Nacion*, que publicó un año despues. “Empero—decía en él—el vértigo se había apoderado de aquellas autoridades, y no tuvieron inconveniente en expedir á 31 de mayo un decreto, en que bruscamente se rechazaron proposiciones tan generosas, y que hubieran economizado para Yucatan y para la república los males de la guerra, que hubieran evitado un escándalo pernicioso, acogido con entusiasmo por los enemigos de la paz, de los adelantos y de la prosperidad de los pueblos que se han organizado como naciones en el Nuevo Mundo. Necesitado el gobierno á emplear entónces las armas que no se le han confiado en vano por la nacion, se decidió á obrar hostilmente contra Yucatan, aunque con harto sentimiento suyo, á fin de que no se atribuyera á impotencia, ó á falta de energía, la larga tolerancia y sufrimiento de lá nacion.”

---

## CAPITULO X.

1842—1843.

El gobierno de México resuelve someter á la península por medio de las armas.—Anuncio de las hostilidades.—La expedicion mexicana se presenta en la Laguna de Términos y se apodera de la isla del Cármen por capitulacion.—Medidas que toma el gobierno de Yucatan para resistir á los invasores.—Espiritu público.—Las fuerzas mexicanas desembarcan en Champoton y avanzan hasta Lerma, donde su jefe Mifion establece el cuartel general.—Conducta doble del general Lémus, jefe de las tropas yucatecas.—Abandona varios puntos importantes al enemigo.—Comienza el asedio de Campeche.—Ataque infructuoso de la “Eminencia.”—Es depuesto Lémus y se nombra para sustituirle al coronel Llergo.—Accion sangrienta de Chiná.—Exaltacion de las pasiones.—Asesinatos del 13 de febrero.—Exámen de las causas que los produjeron.

Un hecho audaz que se verificó el 5 de julio de 1842, fué el primer anuncio que tuvo el gobierno del Estado, de las intenciones hostiles que el presidente de la república mexicana

abrigaba contra la península. El bergantin de guerra *Yucateco*, que se hallaba fondeado en las aguas de Campeche, fué sorprendido á las dos y media de la madrugada por un bongo que pudo acercársele, favorecido por las tinieblas de la noche. Treinta hombres armados de sable y pistola se presentaron repentinamente á bordo de la embarcacion yucateca, y á los tripulantes no les quedó otro recurso que arrojar al agua, ó correr á la bodega. Los últimos no tardaron en saber que eran prisioneros del capitán de navío D. Tomás Marin, jefe de la escuadra mexicana, y en cuanto á los primeros, luego que llegaron á tierra, dieron parte de lo acaecido al comandante militar de la plaza, D. José Cadenas. De acuerdo éste con el jefe de nuestra escuadra, D. Juan Pablo Celarain, comenzó á dictar inmediatamente las medidas necesarias para recobrar el *Yucateco*, que aún no había podido levar el ancla, porque se hallaba en tierra su velámen. Pero sus aprehensores no tardaron en colocarle tres velas, y remolcado por el bongo enemigo, muy pronto se colocó á distancia de los fuegos de la batería de S. Luis. Entónces los dos jefes ya mencionados mandaron armar dos goletas y cuatro canoas, y habiendo embarcado en ellas las tropas que consideraron necesarias, salieron en persecucion de la presa que les había hecho el enemigo. Más estas embarcaciones volvieron á Campeche el día 22, sin haber alcanzado su objeto, y dando parte de que en Veracruz se estaba armando una expedicion, que segun se decía, estaba destinada á la península (1.)

Esta noticia no tardó en ser confirmada por otros avisos extra-oficiales que recibió despues el gobierno. No era ya posible dudar de que el general Santa-Anna, exasperado de no haber podido imponer su voluntad al único Estado de la república que reclamaba todavía el cumplimiento del pacto

(1) "El Siglo XIX" periódico oficial de la época, tomo II, números 169 y 170.

federal, había resuelto traerle la guerra con el objeto de someterle por medio de las armas. Era ya necesario tomar las disposiciones convenientes para resistir á la invasion mexicana, y el gobernador D. Santiago Méndez comenzó por separarse del mando, con el objeto de pasar á la plaza de Campeche y ponerla en estado de defensa. D. Miguel Barbachano, que se encargó inmediatamente del gobierno, expidió en seguida varios decretos en virtud de las facultades extraordinarias de que se hallaba investido, llamando á las armas á todos los ciudadanos que se hallasen en aptitud de portarlas, y concediendo premios y recompensas á los que se distinguiesen en la campaña ó se inutilizaren en ella. El Estado entero correspondió á este llamamiento con un entusiasmo, de que solo puede tenerse una idea, leyendo los periódicos y documentos de la época. Tambien se mandaron construir seis lanchas cañoneras, en lugar de las antiguas embarcaciones de guerra que existían, se decretó la formacion de un cuerpo de caballería, y por último se nombró jefe de todas las fuerzas del Estado al general D. Pedro Lémus (2).

Aún no se habían concluido del todo estos preparativos, cuando las fuerzas mexicanas destinadas por Santa-Anna á invadir la península, se presentaron frente á la isla del Cármen el 22 de agosto en cuatro buques de guerra y tres de transporte. Dos días despues el general D. Juan Morales, que mandaba la expedicion, dirigió al comandante militar de la isla, D. Clemente Trujillo, una comunicacion fechada á bordo del bergantin de guerra *Mexicano*. Le decía en ella que comisionado por el supremo gobierno de la república para hacerse respetar en Yucatan por todos los medios que estuvieran á su alcance, le invitaba á cooperar á este propósito, poniendo á su disposicion la isla y las fuerzas que mandaba; y en caso con-

(2) Coleccion de leyes de Aznar, tomo II.—Periódico oficial citado.

trario le amenazaba con hostilizarle abiertamente hasta conseguir su objeto. Los conductores de esta nota, D. Tomás Marin y D. José Alonso Fernández, trajeron otra en que se les autorizaba para tratar con las autoridades del Cármen, en caso de que se aceptara el acomodamiento que se proponía. El comandante Trujillo contestó estas dos comunicaciones manifestando que extrañaba que el presidente de la república hubiese mandado á la península una expedición armada, cuando aún estaba pendiente ante el Congreso nacional la exposición que el gobierno del Estado le había dirigido para que aprobase los tratados de 28 de diciembre de 1841. Añadió que mientras esta asamblea no pronunciase su fallo, el gobierno de México no tenía ningún derecho para hostilizar al de Yucatan, con cuyo motivo estaba dispuesto á defender la isla que había sido confiada á su cuidado. Concluyó manifestando no obstante, que aceptaba la conferencia que se le proponía y que había nombrado á D. Manuel Sales Baraona y D. Pedro Celestino Pérez para que tratasen con los comisionados mexicanos.

Esta conferencia tuvo lugar en la mañana del 25, en el lugar conocido con el nombre de *Punta de Barra*. Nada pudo arreglarse en ella, á causa de que Marin y Fernández manifestaron que no tenían instrucciones para acceder á los deseos de los comisionados yucatecos. Estos fueron acaso exagerados de propósito, porque D. Clemente Trujillo quería dar tiempo á que llegasen los auxilios que había pedido á Campeche, á causa de que carecía de los elementos necesarios para resistir á los mil y quinientos hombres, de que se componía la expedición mexicana. Pero el general Morales, á quien importaba mucho apoderarse de la isla para sus ulteriores operaciones, no solicitó ya otra conferencia, y dos ó tres días después desembarcó todas sus tropas en un punto de la costa, que solo distaba seis leguas de la villa del Cármen. Al Comandante Trujillo no le quedó entónces otro recurso que ca-

pitular, en cuya virtud las fuerzas mexicanas ocuparon aquella población el 30 de agosto, sin haber experimentado ninguna resistencia. También capituló el jefe de la escuadrilla yucateca, D. Juan Pablo Celarain, habiendo caído con este motivo en poder del enemigo, las tres embarcaciones que la constituían.

Este suceso causó una sensación profunda en toda la península. A pesar de que la capitulación no había tenido en rigor otro origen que la falta de los elementos necesarios para intentar una defensa, la palabra traición corrió de boca en boca y algunos periódicos la estamparon en sus columnas. Es necesario tener presente que aunque el sistema federal, y aun la independencia absoluta de México, contaban en general con las simpatías del pueblo, había sin embargo un partido centralista, que opinaba por la reincorporación y quería que se aceptasen sin condiciones las bases de Tacubaya. Este partido había promovido quizás, ó alentado al ménos, la expedición mexicana, haciendo creer que luego que se presentase en nuestras costas, contaría con un gran número de cooperadores y se le pasarían las mismas tropas levantadas por la facción dominante para su defensa. Estos trabajos eran conocidos en el público, y el mismo periódico oficial de la época contenía alusiones que podían bastar á disipar todas las dudas. Los federalistas ó independientes creían verse con este motivo, rodeados por todas partes de traidores, y el espíritu público llegó á enardecerse hasta un grado, que desdecía de la proverbial moderación de nuestro pueblo. Habiendo sido aprendida una canoa, que conducía víveres á la isla del Cármen, su propietario D. Atanasio Soler fué reducido á prisión y conducido á la cárcel de Campeche. Luego que se hizo público el suceso, numerosos grupos de hombres del pueblo se presentaron en la plaza, pidiendo á gritos que Soler fuese inmediatamente ejecutado. El tumulto solo pudo apaciguarse, cuando

el ayuntamiento reunido en sesion extraordinaria, dirigió un oficio al juez del crimen, pidiéndole que activara la causa del delincuente (3).

En cambio de este hecho, se registran en los documentos contemporáneos otros de distinta naturaleza, que prueban hasta qué grado estaba dispuesta la inmensa mayoría del país á defender sus libertades. En no pocas poblaciones se promovieron reuniones espontáneas con el objeto de ofrecer recursos al gobierno para la defensa del Estado: en otras se recogian numerosos donativos á la menor insinuacion de la autoridad, y en todas se armaban sus habitantes ya para salir á campaña, ó bien para defender sus hogares en el caso de una invasion. En los periódicos independientes se atizaba el fuego del patriotismo, comparando la situacion de la península con la de los pueblos antiguos y modernos que habian luchado contra la tiranía, y se excitaba á los yucatecos á imitar el heroismo de los españoles, cuando su patria fué invadida por las huestes de Napoleon. Llovian proclamas del gobernador, del vice-gobernador, de los jefes políticos y de todos los militares de alta graduacion, en que se procuraba enardecer el valor de los guerreros, recordándoles que si eran vencidos, volverian á ser arrancados de su hogar para ir á esponer su vida en tierra extranjera. Todos estos recursos, unidos á la impopularidad que el gobierno central de México tenia en la península, produjeron un resultado tan maravilloso, que en poco tiempo se movilizaron unos seis mil hombres, sin perjuicio de las compañías de sedentarios que se quedaban de guarnicion en muchas poblaciones.

Miéntas el gobierno del Estado vacilaba sobre la direccion que debia dar á sus tropas por ignorar el punto que el enemigo escogeria para su invasion, las fuerzas del general

(3) Alcance al número 182 del Siglo XIX.

Morales, que solo constituian la vanguardia del ejército mexicano, desembarcaron repentinamente en las costas de Champoton y avanzaron hasta Seiba playa. Allí permanecieron en inaccion por algun tiempo, sea porque estuviesen aguardando las defecciones que les habian prometido los centralistas, ó porque no se creyesen bastante fuertes todavía para avanzar hácia Campeche, objeto ostensible de aquel movimiento. Pronto se hallaron sin embargo en aptitud de obrar, porque á fines de octubre y principios de noviembre se les incorporaron unos cuatro mil hombres que habian salido de Veracruz á las órdenes de los generales D. Vicente Miñon, D. Francisco Andrade y D. Matías de la Peña y Barragan, el primero de los cuales tomó el mando de toda la expedicion. El gobierno del Estado, no dudando ya desde este momento cual era el punto objetivo de la fuerza invasora, acumuló en Campeche casi todos los elementos de guerra, de que podia disponer en aquellas circunstancias.

Estos no eran muchos, ni proporcionados ciertamente á los del enemigo. Apénas llegaron á reunirse en la plaza unos cuatro mil quinientos hombres, de los cuales solo eran permanentes seiscientos cincuenta que pertenecian al *Ligero* y á la artillería. Componian el resto de la fuerza el batallon 1.º local de Mérida, el 16 de Campeche, algunas compañías de otras poblaciones, y las tropas del Oriente, formadas en su mayor parte de indígenas. Pertenecian todas á la guardia nacional, y eran en su mayor parte bisoñas. En cambio la plaza estaba bien fortificada, lo mismo que las alturas que la dominan y que son la Atalaya, San Miguel y la Eminencia. En cuanto á las fuerzas de mar, eran tambien muy pobres, comparadas con las del enemigo (4). La escuadrilla yucateca solo se componia en-

(4) Aznar Barbachano, Memoria sobre la ereccion del Estado de Campeche, capítulo V.—Baquero, Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatan, tomo I, capítulo IV.

tónces de una corbeta, un bergantin y cuatro lanchas cañoneras, que solo tenía sobre la mexicana la ventaja de estar tripulada por hombres, que tenían un conocimiento perfecto de nuestras costas.

Pocos dias despues de haber desembarcado el general Miñon, emprendió su marcha para Campeche con casi todas las fuerzas de la expedicion, que ya se componia de muy cerca de seis mil hombres. Aunque se notaba ya que el general Lémus, jefe de las fuerzas del Estado, manifestaba cierta negligencia en el cumplimiento de sus deberes, hizo salir sin embargo al teniente coronel D. Pastor Gamboa con las fuerzas del Oriente, y le ordenó que se situase en el pueblo de Lerma á observar al enemigo. El celo de Gamboa le impulsó á excederse en el cumplimiento de esta órden, porque habiendo sabido que el general Miñon debia desprenderse de la hacienda Umul para pasar á Lerma, emboscó á sus indios por el tránsito y hostilizó de tal manera á las fuerzas invasoras, que dejaron algunos cadáveres en el campo y llegaron algo desconcertadas al punto de su destino. Despues de este encuentro, Gamboa se replegó á Campeche y el general mexicano comenzó á preparar sus operaciones sobre la plaza, no sin haber intentado ántes que el comandante militar y el mismo gobernador del Estado se sometiesen al presidente de la república, bajo la promesa de que serian atendidas luego las quejas de Yucatan (5).

Pero si estas insinuaciones no hicieron mella ninguna en aquellos funcionarios, no sucedió lo mismo con el general D. Pedro Lémus, á quien el gobierno de la península habia colmado de honores y distinciones. Este jefe ingrato se dejó seducir por las promesas de los centralistas y del general mexi-

(5) Las comunicaciones oficiales que con este motivo dirigió el Jefe mexicano á las autoridades mencionadas en el texto, se publicaron en el número 216 del periódico oficial.

cano, y escogió el peor género de traicion posible para entregar á los mismos que le habian confiado su defensa. Las primeras operaciones que practicó luego que el invasor hubo establecido su cuartel general en Lerma, vinieron á confirmar las sospechas que ya comenzaba á infundir su conducta. El 20 de noviembre hizo que desocupasen la Atalaya los cuatrocientos hombres que la guarnecian, y sucesivamente hizo abandonar tambien la Eminencia y San Miguel, puntos de grande importancia por estar situados en las alturas que circundan la plaza. El general Miñon los ocupó todos en seguida, con no poca indignacion de los defensores de la ciudad, que comprendian que iban á ser derrotados sin combatir.

Pero la prueba mas palpable que dió el general Lémus de la connivencia en que se hallaba con el enemigo, fué la operacion que emprendió el dia 25 con el objeto de recuperar la Eminencia, que pocos dias ántes habia abandonado. Mil seiscientos hombres divididos en dos columnas, que puso á las órdenes de los coroneles D. Sebastian López de Llergo y D. Felipe de Jesus Montero, comenzaron á trepar la altura á la una de la tarde, protegidos por el fuego de los baluartes de la plaza y por las secciones de Gamboa, Pacheco y Almeida, que entretenian al enemigo por el frente que pasa de S. Roman á la hacienda Kanisté. No podia estar mas hábilmente calculado este movimiento para dejar fuera de combate á la mejor fuerza que defendia la plaza. Los rayos del sol que caian perpendicularmente sobre las cabezas de los asaltantes: la circunstancia de pelear á pecho descubierto, miéntras el enemigo estaba guarecido en sus atrincheramientos, y la mala direccion de las columnas que se ofendian mutuamente, eran capaces por sí solas para producir la derrota. No obstante estas desventajas maliciosamente calculadas, nuestros soldados continuaron trepando la altura con un valor superior á todo elogio; pero cuando ya se hallaban próximos á alcanzar la vie-

toria, á costa de los estragos que habia causado en sus filas la artillería mexicana, recibieron órden de retroceder, y el fuego del enemigo volvió á cebarse sobre estas víctimas, llevadas inútilmente á la matanza.

Desde este momento ya nadie pudo dudar de la traicion de Lémus. Pueblo, oficiales y soldados murmuraban de su conducta, y el mismo ayuntamiento de Campeche, haciéndose eco de un deseo que habia llegado á ser general, pidió al gobierno que cuando ménos fuese separado del mando del ejército. El gobernador suplente en ejercicio D. Miguel Barbachano se hallaba en aquellos momentos en la plaza, á consecuencia del decreto de 20 de noviembre en que se le autorizó para pasar á cualquiera poblacion del Estado, en que las vicisitudes de la campaña hicieran necesaria su presencia. Poco tardó este funcionario en convencerse de la deslealtad del hombre á quien habia confiado la defensa del Estado, é inmediatamente le obligó á hacer su renuncia (6), lo mismo que al coronel D. Felipe Montero. Dispuso en seguida que ambos pasasen á Mérida, y habiendo sido sometido el primero á un juicio militar, fué expulsado de la península. Como si este jefe desleal no hubiese querido dejar á la posteridad ninguna duda sobre el género de conducta que observó en Campeche, luego que llegó á la isla del Cármen, dirigió al general Miñon una carta en que procuraba sincerarse por haber aceptado el mando de las tropas de Yucatan, y al fin acabó por incorporarse á la fuerza invasora en el fuerte de S. Miguel, donde sin duda fueron utilizados sus servicios (7).

(6) Esto dicen los documentos oficiales que tenemos á la vista; pero D. Justo Sierra asegura en sus *Efemérides*, que Lémus fué separado del mando en una Junta de guerra que se celebró en el barrio de S. Francisco, cuatro dias despues de la accion de *La Eminencia*.

(7) Periódico oficial números 220 y siguientes:—Baquero, *Ensayo histórico*, tomo I, capítulo IV.—Este historiador publica algunos documentos, que no dejan duda ninguna de la deslealtad de Lémus.

Despues de la separacion de Lémus, el gobierno nombró comandante en jefe de las fuerzas del Estado al coronel D. Sebastian López de Llergo. El mando de la primera division fué confiado al coronel D. José Eulogio Rosado, el de la segunda á D. Alonso Aznar Peon, la artillería á D. Pedro de la Cámara y la construccion de las fortificaciones al ingeniero D. Santiago Nigra de S. Martin. Hechos estos nombramientos, el gobernador suplente regresó á Mérida, y en cuanto al coronel Llergo, comenzó á dictar las disposiciones necesarias para organizar la defensa de Campeche, bajo mejor pié que su antecesor. Hizo ocupar el barrio de Santa-Anna y lo incomunicó con el de S. Roman, del cual se habian apoderado los invasores desde que Lémus les abandonó la Eminencia. Estableció su cuartel general en S. Francisco y diariamente hacia salir partidas, que unas veces se internaban y otras molestaban al enemigo en sus mismos atrincheramientos.

Los mexicanos fortificaron y artillaron la Eminencia, establecieron abajo una batería de morteros y rompieron el fuego sobre la plaza, echando toda clase de proyectiles. Estos fuegos eran contestados desde los baluartes de S. Pedro, S. Francisco, S. Juan, Santa Rosa, S. Cárlos y puerta de S. Roman, y las balas y bombas que arrojaban diariamente sobre los invasores, les causaban no pocos destrozos. Transcurrieron sin embargo los meses de diciembre y enero, sin que los yucatecos ni los mexicanos adelantaran nada en su empresa. Los primeros carecían de los elementos necesarios para arrojar prontamente de su suelo á los seis mil hombres que los asediaban, y los segundos eran impotentes para someter á un pueblo que estaba fuertemente decidido á defender sus prerogativas.

No obstante, á medida que avanzaba el tiempo, todas las ventajas se iban colocando del lado de los yucatecos. En primer lugar el clima habia comenzado á cebarse en las fuerzas